

# La Soga

Modalidad de relato corto  
Seudónimo. Minerva X

La noticia medró por las calles del pueblo como rumor en boca de chismoso. Las cuatro hijas de Dorotea, las Miraflores, así denominadas por el siempre adelantado apellido paterno, habían inscrito su nombre como participantes en el concurso de tirasoga que se celebraba puntualmente en las fiestas patronales. Aquel hecho, que no pasaría de mera anécdota, con un grupo de participantes inscribiéndose en una competición rural de arraigada tradición, demudó en una profunda polémica pues, las Miraflores, eran el primer equipo formado exclusivamente por mujeres que deseaba concurrir al torneo.

Aunque en las localidades vecinas se competía en equipos de siete u ocho participantes, la falta de jóvenes en el pueblo había hecho que en los últimos años se redujera el número hasta dejarlo en cinco por equipo. Justamente, el número de hijas que Jacinto, el aladrero, y su esposa, Dorotea, habían criado junto a Fermín, el único varón que descendería de su apellido junto a cinco hermanas mayores que él. Así, cuando Rosario, Elisa, Jimena, Carlota y Cuca, añadieron su participación como Las Miraflores al torneo del año en curso, en el pueblo se encendió una polémica como no se recordaba otra, desde que un grupo de jóvenes —ya no lo eran tanto— hubiera decidido por su cuenta y riesgo, atar el busto Primo de Rivera que presidía la entrada al frontón, y tirar de él, arrastrándolo por los caminos de gravilla, hasta alcanzar el canal de riego de la parcelaria, donde debía estar, hundido en el cenagal del fondo, desde entonces.

La base de dicha polémica era, en realidad, muy simple. Mientras unos no veían problema alguno en que un grupo de mujeres participara en un torneo que, además, en ningún momento delimitaba su participación a aquellos que poseyeran gónadas, otros tantos —los

más, no nos engañemos— se indignaban al afirmar que las damas denigrarían el concurso y la tradición del mismo. Argüían, quienes se posicionaban de ese lado, que las Miraflores, aunque eran mujeres bravas, acostumbradas a lidiar con las reses y las duras labores del campo, no podían competir en brío y fuerza con un equipo formado por hombres. Llenándose la boca de orgullo al decir esto último, no dudaban en sentenciar al afirmar que si se permitía a ese grupo de hermanas participar en el torneo de tirasoga, el pueblo se convertiría en el hazmerreír de la comarca, y no faltarían los chascarrillos de los vecinos sobre la hombría puesta en duda por el torneo, mixto a partir de entonces. En sesenta años de historia de la competición, nunca, ni una sola mujer, había participado en el mismo, ni siquiera como árbitro. Y el hecho de que, a dos semanas vista, esa arcaica y misógina tradición, fuera a romperse por parte de las hermanas Miraflores, despertaba alegría y recelo a partes, si bien no iguales, sí que al menos igual de encendidas.

Rocandio, el alcaldable para las siguientes elecciones, toda vez Ceferino Cifuentes había decidido no presentarse, pues ya había robado lo suficiente como para pasar su senectud de forma plácida, se llegó hasta la tasca de don Silverio, que era quien formalizaba las inscripciones y sufragaba la mayor parte de los gastos del torneo y los trofeos que se entregaban al equipo ganador. Entre los dos se levantó una agria discusión con el bar lleno, pues mientras el alcaldable defendía la postura de restringir el torneo a la participación masculina, Silverio, por su parte, como mecenas y garante de la celebración de la contienda, admitía —y además con orgullo— la participación femenina por primera vez en la historia del torneo, que mediado 1981, celebraba su sexagésimo primera edición. Demasiadas como para que las mozas del pueblo no hubieran participado antes, adaptando, al fin, el torneo a las renovadas tendencias rurales, en las que la mujer debía tomar las riendas que jamás se les debían haber vetado.

La conclusión de la disputa entre el político y el tasquero, que enmudeció el resto de diálogos del establecimiento, no condujo a otra cosa que a la retirada del exiguo patrocinio por parte del consistorio si Rocandio salía elegido, y la determinación del tabernero por continuar por la vereda que había tomado el torneo al inscribirse un equipo femenino, por muchas trabas que se encontrara por parte de hombres como él.

Así, durante las dos semanas que restaban hasta que el disparo del cohete anunciara el inicio de las fiestas del patrón, el pueblo vivió en una tensa calma en la que el torneo de tirasoga era el centro de la mayor parte de las conversaciones y de absolutamente todas



las polémicas. Y quien más promovía la polémica era Simón Calarra, el líder del equipo Los Camioneros, que había resultado campeón en las tres últimas ediciones. De hecho, en el primer torneo en que participaron lo hicieron con el nombre de Los Berberechos. Pero era tal su forma de tirar de la soga, que en el pueblo se decía que parecía que la hubieran amarrado a un tráiler y en su segunda participación ya habían adecuado el nombre del equipo al de su forma de tirar de la soga, para conseguir arrastrar al otro equipo hasta la línea central.

Era Simón un tipo rudo, de espaldas anchas y mirada frontal, como de depredador selvático, que presumía de tirar de arado junto a los bueyes cuando éstos flaqueaban y de ser capaz de recitar el abecedario hasta la uve doble en un único eructo. Aunque bien cierto era que al hacerlo se saltaba un par de letras y otras tantas las ubicaba donde no debía.

Junto a los acólitos que le seguían, acaudillándole, paseaba por el pueblo y las localidades vecinas, afirmando que para él era una deshonra el que las Miraflores se hubieran inscrito en un torneo que, según sus propias palabras, no había ganado prestigio ni belleza con la inscripción de las féminas. Se lamentaba al augurar que las mozas no pasarían del primer envite y que su participación, amén de testimonial, no serviría para otra cosa que no fuera menoscabar la nobleza de un juego tan arraigado en la tradición del pueblo, como era el tirasoga. Incluso, aunque todos sabían que su ego le impediría hacerlo, decía que se había planteado no participar en la presente edición, para no tener que soportar los comentarios de ese año, que ya oteaban. Que si ya podréis contra unas mujeres, que si vaya fácil que os lo han puesto las de la fregona este año, que si las Miraflores habían tirado de la soga o del mocho, que si...que si...que si...

Huelga decir que, mientras los comentarios bufonescos se repetían por un lado, las muestras de apoyo se multiplicaban por otro. No faltaba el día en el que muchas mujeres y algunos hombres —dicho sea de paso— se llegaban hasta la faena de las hermanas para arengarlas y prometerles que estarían ahí, el día del torneo —bien cierto es que nadie esperaba que pasaran del primer día, o mejor dicho, de la primera ronda— para jalearse al primer equipo femenino de la historia de la rural competición.

Las hermanas, comandadas por Rosario, la mayor, agradecían todos y cada uno de los apoyos. Aunque no tanto que lo hicieran en horario de labor, pues la faena se les acumulaba de tantos vecinos que se llegaban hasta las eras o a las cuadras de los puercos,

